

La erótica del Caribe en *Cien años de soledad*

José Luis
Garcés González¹

Prefacio

El término “erótico(a)” procede del latín *eroticus*, y la primera acepción del diccionario de la RAE (2004) lo define como perteneciente o relativo al amor sensual. Eros, entre los griegos, es el dios del amor, nacido del caos, aunque otras leyendas aseguran que era hijo de Ares y de Afrodita. Entre los romanos recibió el nombre de Cupido. Como toda palabra, el vocablo ha tenido su historia, es decir, ha sufrido su proceso. Ya a comienzos del siglo XX, Sigmund Freud utilizó el término en su obra *Más allá del principio del placer* (1920), en la cual el eros designa las pulsiones sexuales, constructivas y de autoconservación, en oposición a los instintos tanáticos, es decir, de destrucción y muerte. Como se sabe, es una palabra básica en las clasificaciones de su teoría y en las aproximaciones al psicoanálisis, su controvertida terapia no farmacológica.

Como es de público conocimiento, hay diferencia entre sexualidad y erotismo. La primera es instintiva, concedida desde el nacimiento; lo erótico, por el contrario, no es natural, sino que es cultural. El erotismo no es reproductivo; lo reproductivo es la sexualidad al natural. Lo erótico es la sexualidad con conciencia, la sexualidad con cultura. Así, necesitamos que los humanos sean más eróticos y menos sexuales. De esta manera, incluso, podría hablarse de que el erotismo, o la práctica sexual erótica, canal de la realización y el placer, puede conducir a controlar los embarazos indeseados y a disminuir las enfermedades venéreas.

Para el filósofo francés Georges Bataille, el erotismo es sagrado, y por eso es una experiencia subjetiva e interior que puede compararse con la religión. En consecuencia, hay una connotación ritual en la afirmación “comerse a una mujer”, por ejemplo (o “comerse a un hombre”, como diría una mujer). Como sabemos, esta es una de las tantas expresiones populares que se usan en el Caribe para designar el acople genital.

1. Escritor, conferenciante, catedrático universitario y director del periódico cultural *El Túnel*, de Montería, Colombia. Cuentos suyos han sido traducidos al alemán, al francés, al inglés y al eslovaco. Sus libros más recientes son *Los trabajos del insomnio* (Cuentos reunidos, 2017) y la analecta erótica *Banquete sagrado* (2018). Correo electrónico: jlgarcés@yahoo.es.

Fuente: Indira Restrepo



Nobel de literatura (1982) Gabriel García Márquez. Autor de la novela *Cien años de soledad*.

Desde la más remota antigüedad, comer, en muchos pueblos, es un acto ritual; es prolongar la vida; es incorporar al otro en nosotros; es comulgar con el cuerpo del otro. Entonces, la expresión “comerse a una mujer [o a un hombre]” implica un ceremonial que, además del acto físico, podría ser una expresión de corte religioso.

Desde la llegada de los peninsulares a Abya Yala, lo que después se llamaría América, hay referencias escritas de lo erótico en estas tierras. Esto nos indica que existe una tradición en dichos menesteres y que el erotismo no es una presencia yuxtapuesta, o perversidades de escritores sexualmente malamañosos.

Ya es conocida la leyenda de que las Amazonas, mujeres de un solo seno pues el otro se lo habían eliminado para encajar mejor el arco, eran tan guerreras y dedicaban con tanta vehemencia sus energías a los asuntos bélicos que solo una vez al año incitaban a los hombres para la realización de la cópula sexual. Por su parte, en la mitología mexicana el dios Tlalacahuan se convirtió en un pobre vendedor de chiles frente al palacio donde tenía que pasar la princesa Huémac para que ella viera y se excitara con la dimensión salvaje de su enorme pene. Asimismo, Juan de Aréiza sostiene que vio a un ser tan gigante que, estando ambos de pie, la cabeza del mismo Juan apenas le llegaba al enorme gajo de sus órganos sexuales.

Enrique Caballero Escovar (1978) en su libro *América, una equivocación*, sostiene que en la costa colombiana “la suegra era la responsable de entregar intacta la mercancía nupcial”, y trae la siguiente afirmación:

Me acuerdo que en cierta parte de la provincia de Cartagena, cuando casan las hijas y se ha de entregar la esposa al novio, la madre de la moza, en presencia de algunos de su linaje (del novio) la corrompe con los dedos.

Líneas más adelante, Escovar (1978) señala que en La Palma, según palabras de Fray Pedro

de Aguado: “hay algunas buenas viejas que con el dedo corrompen sus hijas pequeñas diciendo que porque después, cuando crecidas y grandes las vengan a casar, ni ellas padezcan dolor, ni sus maridos fuerza”.

Es decir que esto del erotismo en la realidad tiene su tradición y sus antecedentes, de manera que al presentarse en la literatura lo que hace esta no es más que nutrirse de las sabias narrativas del pasado.

Por otra parte, *Cien años de soledad* es una clásica novela montuna, dentro de la concepción que se ha venido reflexionando. Montuna y regional, como el Quijote, por ejemplo. “Montuna” porque su *corpus* acoge una historia originaria que es mítica y raizal, hecha con las esencias de lo propio, del monte que habla y proyecta su historia o, si se quiere, con las manifestaciones del mito, la leyenda, las costumbres, las supersticiones y los refranes. Es decir, la plenitud de su historia nos conduce a las expresiones terrígenas de la cultura popular y la tradición oral del Caribe colombiano y latinoamericano, todo inserto en un lenguaje de alta contextura poética.

Algunas personas se alarman cuando las cosas del cuerpo se llaman por su nombre y su funcionamiento reales. *Cien años de soledad*, como muchos libros, ha sufrido esa discriminación: la represión a las palabras, a los pasajes que se refieren al cuerpo íntimo. Las instancias represoras de los Estados empiezan por cercenar las palabras y por adulterar el lenguaje. Lo libertario es señalar con el dedo del lenguaje las cosas tal como son; no temerle al lenguaje, no temerles a las cosas para nombrarlas con precisión y estética. Debemos recordar las palabras de Clemente de Alejandría cuando manifestó: “No hay que avergonzarse de hablar de aquello que Dios no se avergonzó de crear”.

Prefacio a la sexualidad narrativa de *Cien años de soledad*

Los siguientes son varios de los antecedentes para que se diera en *Cien años de soledad* una robusta expresión sexual y erótica:

- El entorno social en que se desarrolló Gabriel García Márquez es un factor fundamental. Como se sabe, la realidad del Caribe está fuertemente influida por una oralidad sexualizada, en donde, en términos populares, es raro que se dé una conversación que no esté tocada por frases o palabras de connotación sexual.
- El encuentro en Cartagena, en 1948, con el grupo de sinuanos y monterianos encabezados por el artista de la madera que respondía al nombre de Ñoli Cabrales, bautizado décadas atrás por el famoso cura José Gómez como Antonio Luis Cabrales. Ñoli manejaba una jerga temible, como para destrozar el pecado original. Una de sus peculiaridades consistía en ir al cine solo, pero comprar en galería dos tiquetes. Según decía: uno para él y otro para su miembro viril, pues lo tenía en tan alta estima que lo consideraba un miembro más de su familia y dialogaba y a veces discutía con él como si fuera —que lo era— una persona independiente.
- Dasso Saldívar, el biógrafo colombiano de Gabo, recoge en dos páginas de alta factura humorística lo que fue una influencia definitiva en la concepción sexual literaria de García Márquez. Nos cuenta Dasso que en la plaza de Bolívar de Cartagena se reunían el joven escritor y sus amigos, y allí Ñoli Cabrales los embrujaba con sus fábulas. Sus oyentes más asiduos eran Gabo y Ramiro de la Espriella, y el monteriano les refería muchas de las aventuras de su asta sexual. Les señalaba, por ejemplo, que cuando su falo se erigía, a Ñoli le tocaba apaciguarlo, peinarlo, hacerle un camino en la mitad del cráneo y sacarlo a caminar para que lo admiraran las féminas. Comentaba Ñoli que cuando entraban al cine y el filme no le gustaba a su miembro, desde la butaca del lado, donde estaba sentado, luego de discutir con Ñoli por la bolsa de los pasabocas, su miembro le decía irritado: “Nojoda, Ñoli, vámonos de aquí, esa película no sirve”, y para volver a calmarlo le tocaba sacarlo a dar una vuelta por los alrededores. Y así abundaban decenas de anécdotas de Ñoli y de pene, que estoy tratando de rescatar si alguien queda vivo para recordarlas.
- El mismo Ramiro de la Espriella, destacado escritor, columnista y político, y quizás el amigo más importante que tuvo Gabo en su periodo cartagenero, acepta que, antes de que García Márquez leyera a Rabelais, fueron las portentosas historias del sinuano y ebanista Ñoli Cabrales las que le abrieron el camino a la sexualidad narrativa garciamarquiana. Antonio Luis Cabrales, el Ñoli Cabrales, se le adelantó a García Márquez en la lectura de Gargantúa y Pantagruel.
- El paso por los burdeles de Sucre (Sucre) y Barranquilla le dejó a Gabo una experiencia importante. Hasta en eso fue faulkneriano: sus primeras armas las hizo en el lupanar ambulante de María Alejandrina Cervantes, del pueblo de Sucre, cuyo fuego de lujuria amainó los ímpetus de muchos jóvenes de la comarca, incluyendo al futuro nobel. Cuando quería ampliar la diversión, la matrona del prostíbulo levantaba sus corotos y se llevaba a las mujeres y a los jóvenes por todos los caseríos y veredas de la región. En una ocasión se perdieron sus noticias por más de diez días, y allí en esa barahúnda iba el joven Gabriel José. En el contacto que tuvo con María Alejandrina Cervantes, quien también era torera (al parecer la primera que hubo en la costa Caribe), García Márquez escuchó la historia de la niña que iba vendiendo su sexo de pueblo en pueblo para pagarle, por culpable, el incendio que había acabado con la casa de su abuela. Es decir, se informó por primera vez de lo que le ocurrió a la que más tarde, en literatura, sería la candidata Eréndira. Como hecho curioso, reseña Gerald Martin, el burdel de María Alejandrina Cervantes se convertiría quince años después en un colegio de monjas.

Tratamiento de lo erótico-sexual en *Cien años de soledad*

El tratamiento erótico-sexual en *Cien años de soledad* ha sido muchas veces soslayado en los análisis de la magna obra. Para suplir esta carencia es necesario abrir la novela y empezar a reseñar y a interpretar lo erótico en los personajes y en sus relaciones interindividuales.

García Márquez, en *Cien años de soledad*, afronta el tema del sexo sin falsos remilgos y se extiende en él, pues en la novela de Macondo hay un amplio surtido de expresiones sexuales, ancladas en la abundante tradición oral del Caribe, que van desde el voyerismo hasta la zoofilia. Lo sexual, apenas se apertura el libro, valga señalar, está en la defensa que hace de su virilidad José Arcadio Buendía cuando Prudencio Aguilar la pone en duda al regar la especie de que Úrsula se mantenía virgen después de varios meses de haberse efectuado el matrimonio. La respuesta de José Arcadio es cruzarle la garganta con una lanza. Esto es, lo sexual, de entrada, produce un muerto.

Analicemos, entonces, las variadas manifestaciones que se dan en el texto:

a) La zoofilia

En la novela no se narra explícitamente ningún episodio zoofílico, pero se hace referencia a dos hechos inherentes a la cultura del Caribe colombiano. El primero es la mención del manatí cuando José Arcadio Buendía, junto con todos los hombres de Macondo, decide buscar una vía hacia la civilización: esas regiones de embrujos y de inventos. Se nos dice que estos animales habitan en la Ciénaga Grande y se los describe como “cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer, que perdían a los navegantes con el hechizo de sus tetas descomunales” (García Márquez, 1997, p. 22). Vale resaltar, por la convergencia temática, el cuento “La manatí”, del escritor sinuano Guillermo Valencia Salgado. Texto magistral, elaborado con el poder de lo sugestivo, lo erótico y lo trágico.

El segundo hecho se muestra cuando José Arcadio Segundo se confiesa, por primera vez, ante el padre Antonio Isabel. Aquí resulta paradójica la incursión del muchacho en las prácticas zoofílicas, porque es el mismo cura quien lo introduce por esos caminos al meterle, al hasta entonces virginal José Arcadio Segundo, la espinita de la curiosidad. Las cosas pasan de este modo: en la confesión, el sacerdote le pregunta no solo si había tenido relaciones sexuales con mujeres, sino con

animales. Extrañado, el joven le expresa sus dudas a Petronio, el sacristán. Este —además de aclararle sus interrogantes— lo inicia en el coito placentero y misterioso con las burras. Vemos, pues, cómo un ejercicio de ablución espiritual, que se supone altamente religioso, trae consecuencias profanas. Recordemos, por la relación causa-efecto, el relato “Juana aprendió sus primeras...”, de Álvaro Cepeda Samudio, en el que la protagonista se vuelve puta por leer el pornográfico Antiguo Testamento.

b) El miembro y su leyenda

En la costa Caribe, como es de público conocimiento, existe el mito del pene grande. El mito y la leyenda. Acerca de él ha surgido una oralidad fructífera y humorística. Ese órgano ha recibido centenares de nombres, que por problemas de tiempo, que no de pudor, no podemos mencionar aquí. Una expresión cabal de la sexualidad del Caribe la encontramos en *Cien años de soledad* en el tamaño descomunal de la virilidad de José Arcadio, probado, entre otras, por la veteranísima Pilar Ternera y por la exangüe gitanita de feria, a la cual le tronaron los huesos y se le salieron las lágrimas cuando él se le incrustó en su propio centro.

Esta leyenda del hombre costeño superdotado se halla inserta en la novela, y García Márquez la desarrolla con un lenguaje que, siendo fiel al color local, convence en su traducción universal. Pilar Ternera le definió su tamaño con dos palabras: “qué bárbaro”, y la gitanita le corroboró sus dimensiones, además de las reacciones ya descritas, con un sudor pálido. La otra gitana, “de carnes espléndidas”, que entró a la tolda donde estaban los jóvenes, se la bendijo con una exclamación muy costeña: “muchacho, que Dios te la conserve”. Lo mismo puede afirmarse del joven Aureliano, que en la novela se lo define como propietario de una “masculinidad inconcebible”, encima de la cual paseaba, en perfecto equilibrio, una botella de cerveza.

No obstante, para nivelar los tamaños y las pasiones, Aureliano, el hijo de Úrsula, hermano menor de José Arcadio, sufría la vergüenza de la escasa dimensión y el menoscabo de una sexualidad

desfallecida. No pudo con la gitana, tampoco con la ya decrepita Pilar Ternera. Sin embargo, esta crisis en tamaño y en efervescencia en los Buendía era la excepción, no la regla.

Como se sabe, los Buendía y sus allegados eran, en su mayoría, de verija caliente o de útero hambriento. Una rápida mirada nos señala al ya conocido José Arcadio (el del cuerpo tatuado), a Aureliano Segundo (el que hacía el amor como si él solo fuera dos hombres), a Rebeca (que era adoptada), a Aureliano y Amaranta Úrsula, sobrino y tía, que se revolcaban donde fuera y en cualquier momento, pues la arrechera era insaciable.

c) Sexo, oscuridad e idealización

Para muchos, la mejor aliada del sexo es la oscuridad. Allí, más que los genitales, importa el tacto: los cuerpos en una confusión de extremidades, miedos y desgarramientos interiores. La oscuridad propicia la idealización: el hallazgo mental de otra persona. Esto le sucede a José Arcadio cuando, trastornado por el olor de Pilar Ternera (no hay que olvidar qué es el olfato en este aparte), llega a su cuarto guiándose como un ciego sin lazarillo, hasta que la mano de la mujer lo tropieza y lo devora. En medio del tráfigo de sus vísceras, José Arcadio ve la cara de Úrsula, su madre. Esta cópula no solo se desarrolla en un ambiente de oscuridad, sino de promiscuidad, puesto que “en la estrecha habitación dormían la madre, otra hija con el marido y dos niños” (García Márquez, 1997, p. 41).

Estas mismas circunstancias (oscuridad-promiscuidad) se dan cuando tienen sexo Pilar Ternera y Aureliano, quien encuentra en la cama a su amada y pueril Remedios. Años más tarde, convertido en el coronel Aureliano Buendía, a su hamaca arribaban incontables mujeres, todas cubiertas con el manto de las sombras. Sin embargo, ya no estará Remedios, sino la guerra.

Otro caso se revela en la pasión que siente Aureliano José por Amaranta. Este “idealizaba [a las prostitutas] en las tinieblas y las convertía en

Amaranta mediante ansiosos esfuerzos de imaginación” (García Márquez, 1997, p. 175) ante la imposibilidad de no poder concretar la relación genital con su tía.

En este acápite podemos incluir otro ejemplo en palabras textuales del autor:

Permaneció inmóvil un largo rato, preguntándose asombrado cómo había hecho para llegar a ese abismo de desamparo, cuando una mano con todos los dedos extendidos, que tanteaba en las tinieblas, le tropezó la cara. No se sorprendió, porque sin saberlo lo había estado esperando. Entonces se confió a aquella mano, y en un terrible estado de agotamiento se dejó llevar hasta un lugar sin formas donde le quitaron la ropa y lo zarandearon como un costal de papas y lo voltearon al derecho y al revés, en una oscuridad insondable en la que le sobaban los brazos, donde ya no olía más a mujer, sino a amoníaco, y donde trataba de acordarse del rostro de ella y se encontraba con el rostro de Úrsula, confusamente consciente de que estaba haciendo algo que desde hacía mucho tiempo deseaba que se pudiera hacer (García Márquez, 1997, pp. 41-42).

d) Sexo público

En *Cien años de soledad* las relaciones sexuales no se circunscriben a lo íntimo. Amplio es su espectro social, y muy importante. A veces adquieren un carácter trágico que —de manera inapelable— se resuelve con sangre. Así ocurre con José Arcadio Buendía y Úrsula Iguarán: esta, en los comienzos de la relación, atemorizada de que les naciera un hijo con cola de puerco, utiliza por un lapso bastante considerable (año y medio) un “pantalón de castidad” (García Márquez, 1997, p. 35). En el pueblo, la virginidad de Úrsula y la supuesta impotencia del marido son de público conocimiento, hasta el día en que Prudencio Aguilar, colérico porque perdió en una riña de gallos con José Arcadio Buendía, le espeta: “A ver si por fin ese gallo le hace el favor a tu mujer” (p. 34). Como se sabe, esas palabras fueron su perdición. El ofendido cura con sangre el ultraje. Muerto Prudencio Aguilar, y recuperado el honor de su hombría, José

Arcadio Buendía desvirga a su esposa. En otras palabras, la novela comienza con el sexo frustrado de la pareja matriz de Macondo.

Más adelante, cuando a Macondo llega la compañía bananera y la hojarasca invade todos sus rincones, se escuchará en la Calle de los Turcos el estropicio de las parejas gimiendo de amor, en calurosas hamacas y a la sombra de los almendros. Es una especie de voyerismo colectivo, que se profundizará en las páginas por venir.

e) José Arcadio Buendía Iguarán, un tipo especial

Vayamos al pasado. Cuando nace José Arcadio, Úrsula, su madre, se asusta cuando le ve al niño el pene demasiado grande. Por ello le pregunta a la partera si eso no es peligroso. La comadrona le responde que, al contrario, “va a ser muy feliz”. En efecto, José Arcadio toma su enorme pene como instrumento de trabajo. No se ocupa de otras cosas. Las mujeres le glorifican su herramienta dándole el dinero suficiente para vivir. Inclusive, se fue con un circo que llegó a Macondo para estar cerca con la bella gitanita que lo había deslumbrado. En esos menesteres, vendiendo su descomunal miembro, le dio sesenta y cinco veces la vuelta al mundo. Es más, cuando no se vendía, se rifaba. Como sucedió en la tienda de Catarino cuando acostó sobre el mostrador toda la dimensión de su “masculinidad inverosímil”, tatuada y políglota. En la rifa ya mencionada, recogió ciento cincuenta pesos de la época, con los cuales podía cancelar los gastos de la invitación que, sin tener dinero, había hecho a la hora de su llegada al establecimiento y que, por otra parte, ya había quedado saldada.

Ahora bien, el personaje que torna la sexualidad en algo público es José Arcadio. Su descaro no tiene límites, no solo por la ocasión aquella en la que copula en una carpa con una gitana a la vista de una pareja que retoza cerca de ellos, o por su hábito de rifarse entre las mujeres, sino por su relación con Rebeca. Por esas sesiones agotadoras y estruendosas que tenían amedrentados a los vecinos, quienes “rogaban que una pasión tan desahogada

no fuera a perturbar la paz de los muertos” (García Márquez, 1997, p. 119), pues los amantes vivían al frente del cementerio.

Tampoco podemos dejar de mencionar ese burdel de ensueño en donde “la dueña [una verdadera voyerista] entraba en los mejores momentos del amor y hacía toda clase de comentarios sobre los encantos íntimos de los protagonistas” (García Márquez, 1997, p. 453). Aun así, nadie, por más descubierto que estuviera, suspendía los afanes de cuerpo.

f) El sexo y la belleza

Parece ser que la sexualidad y la belleza son conceptos antípodas, hasta el punto de que se llega a afirmar en los corrillos populares que la mujer bella es sexualmente mediocre, y a la inversa. Por eso, se afirma que “la mujer maluca abajo tiene la azuca”. Dos ejemplos podrían reafirmar tal aseveración: Fernanda del Carpio y Remedios, la bella.

Fernanda, pese a su hermosura exorbitante, que trastocó el ánimo de Aureliano Segundo e hizo que la buscara en tierras desconocidas y lejanas, es una mujer lúgubre, imaginativamente cerrada e incapaz de envolver en una pasión abrasante —como sí lo consiguió Petra Cotes— a su esposo. Inhabilitada para los placeres carnales, “Aureliano Segundo solo encontró en ella un hondo sentimiento de desolación” (García Márquez, 1997, p. 249).

Es, sobre todo, una “dama” que considera el sexo un ejercicio pecaminoso y contrario al espíritu. Una obligación, no un acto de fervor y entrega, de mutua satisfacción. De ahí la escena ridícula del “camisón blanco, largo hasta los tobillos y con mangas hasta los puños, y con un ojal grande y redondo primorosamente ribeteado a la altura del vientre” (García Márquez, 1997, p. 249), con el que espera a su marido antes de hacer el amor; o la de la “golilla de lana” (p. 250) que se ponía luego de hacerlo; o la del “calendario” sexual (p. 248) que llevaba rigurosamente y que solo dejaba para el deleite del cuerpo (si bien para ella debía ser tortura) 42 lánguidos días hábiles al año.

Tan pronto pasa la luna de miel con la interiorana, Aureliano Segundo vuelve al fogoso lecho de Petra Cotes. El “amor insípido” de la hermosa y monacal Fernanda no logró conquistar su corazón, y aquí entra de lleno el fenómeno de la querida, tan común en el machismo latinoamericano: la otra, la concubina, la querida, o la amante, en términos más actualizados. En este caso, doña Petra, la maestra sexual de Aureliano Segundo, la que le había arrebatado su condición de solitario. Un ser, para él, inolvidable.

Fernanda del Carpio, pues, representa la ortodoxia sexual: el apego inflexible a las reglas. En términos del señor Freud, debía tener toda la sintomatología de las histéricas, y en esto se separa de Remedios, la bella, quien es, en la novela, la antítesis de lo convencional, la ruptura total de las normas. Su concepción del cuerpo, la transposición que hace del tiempo, la rapadura de cabeza y su implacable sentido común lo demuestran. La de Remedios no es una belleza sensual; es una belleza trágica. No hay que olvidar que “soltaba un hálito de perturbación, una ráfaga de tormento” (García Márquez, 1997, p. 274). Su figura es asexual. Incluso, cuando está desnuda frente a los ojos del forastero, no inspira en el lector el mínimo deseo erótico. Este resulta ser, literariamente hablando, un aparte circunstancial, aunque signado por la simpleza inteligente de la joven. De hecho, de la descripción fugaz de La Elefanta brota más sensualidad que del episodio del baño. El final de Remedios, la bella, no podría ser otro mejor: la ascensión al cielo, ese lugar en donde no hay sexo, donde todo lo corpóreo es inocencia, feliz inocencia, en caso de que ese cielo exista.

g) El manoseo y las caricias

En *Cien años de soledad* las caricias ocupan un puesto especial. Pueden ser prelude del acto sexual, como en el caso de Pilar Ternera con José Arcadio, cuando esta le toca la zona genital y le dice “qué bárbaro” (García Márquez, 1997, p. 39), o el de José Arcadio y Rebeca, cuando aquel recorre con sus dedos desde los pies hasta los muslos de la muchacha y luego la desflora. Asimismo, puede tratarse de un

ejercicio posamatorio, como sucede con Aureliano y Amaranta Úrsula, quienes “se entregaron a la idolatría de los cuerpos” (p. 472) y allí encontraron el vértigo y luego el sosiego de la caricia creativa.

Hay, en el lenguaje del libro, “caricias estremecedoras” (García Márquez, 1997, p. 87), “caricias apremiantes” (p. 376), “manoseos vehementes” (p. 135) que, sin embargo, no llevan al coito o al orgasmo. Es lo que ocurre con las que le hace una prostituta a Aureliano en la tienda de Catarino y que aquel rehúsa, o con las de Aureliano Segundo y Petra Cotes, cuando ella le dice que “ya los tiempos no están para estas cosas” (p. 376). También cabe recordar las de Rebeca y Pietro Crespi, cuyos contactos fueron, a la postre, el recuerdo de una pasión engañosa e inocua.

Las caricias, además, pueden llegar a ser un sustituto del sexo físico. Eso nos lo enseña Amaranta, quien apacigua sus soledades y sus frustraciones con “caricias agotadoras”, primero con Aureliano José y después con José Arcadio. De cualquier forma, finalmente, este personaje muere con el estigma amargo de la virginidad.

h) El problema del tiempo y de los sismos del cuerpo

Cuando se produce el coito satisfactorio, los amantes destrozan el equilibrio del tiempo y desordenan cualquier manifestación de la normalidad. Ya se sabe: en ese instante hay otros tiempos, esto es, el tiempo sexual y el tiempo erótico. No hay obediencia a las llamadas sanas costumbres. El apogeo del instinto, el retorno a la deliciosa animalidad. Toda esta trasgresión, manifestación de las pasiones desbocadas, se puede notar en el texto que sigue:

Perdieron el sentido de la realidad, la noción del tiempo, el ritmo de los hábitos cotidianos. Volvieron a cerrar puertas y ventanas para no demorarse en trámites de desnudamientos, y andaban por la casa como siempre quiso estar Remedios, la bella, y se revolcaban en cueros en los barrizales del patio, y una tarde estuvieron a punto de ahogarse cuando se amaban en la alberca. En poco tiempo hicieron

más estragos que las hormigas coloradas: destrozan los muebles de la sala, rasgaron con sus locuras la hamaca que había resistido a los tristes amores de campamento del coronel Aureliano Buendía, y destriparon los colchones y los vaciaron en los pisos para sofocarse en tempestades de algodón. Aunque Aureliano era un amante tan feroz como su rival, era Amaranta Úrsula quien comandaba con su ingenio disparatado y su voracidad lírica aquel paraíso de desastres [...] Mientras él amasaba con claras de huevo los senos eréctiles de Amaranta Úrsula, o suavizaba con manteca de coco sus muslos elásticos y su vientre aduraznado, ella jugaba a las muñecas con la portentosa criatura de Aureliano, y le pintaba ojos de payaso con carmín de labios y bigotes de turco con carboncillo de las cejas, y le ponía corbatines de organza y sombreritos de papel plateado. Una noche se embadurnaron de pies a cabeza con melocotones en almíbar, se lamieron como perros y se amaron como locos en el piso del corredor, y fueron despertados por un torrente de hormigas carniceras que se disponían a devorarlos vivos (García Márquez, 1997, pp. 470-471).

Como se ve, el amor pasional subvierte la tradición social y las costumbres individuales. Incluso, desbarata la normatividad física. No piensa en la vida, no le teme a la muerte. Cuando el ímpetu se desboca y el deseo suena sus clarines, no hay respeto de familia que valga. No importa que se llame incesto o reciba cualquier otro nombre. Los hijos o las hijas no obedecen a los padres. Los menores, alborotados, no acatan la jerarquía de los mayores. Como sucede aún en la ruralidad de la costa, las muchachas se vuelan con sus novios abriendo portillos en las cercas, saliendo subrepticias a medianoche por la puerta del patio, o sacando cualquier pretexto como soltar los burros o echarles el último maíz a las gallinas. Ahora, lógico, hay maneras más urbanas y sofisticadas.

Como se nota en el siguiente fragmento, aunque Aureliano quiera meterse de cabeza en la labor intelectual (ya que es el personaje lector de la familia) y eludir los acosos de la hembra, el furor de lo erótico todo lo destroza:

De modo que Aureliano seguía siendo virgen cuando Amaranta Úrsula regresó a Macondo y le dio un abrazo fraternal que lo dejó sin aliento [...] Tratando de sofocar el tormento, se sumergió más a fondo en los pergaminos y eludió los halagos inocentes de aquella tía que emponzoñaba sus noches con efluvios de tribulación, pero mientras más la evitaba, con más ansiedad esperaba su risa pedregosa, sus aullidos de gata feliz y sus canciones de gratitud, agonizando de amor a cualquier hora y en los lugares menos pensados de la casa. Una noche, a diez metros de su cama, en el mesón de platería, los esposos del vientre desquiciado desbarataron la vidriera y terminaron amándose en un charco de ácido muriático (García Márquez, 1997, p. 449).

Otro aspecto que se ventila en *Cien años de soledad* es el ya mencionado *voyerismo*, que es la tendencia morbosa a fisgonear, a espiar lo que hace el otro para conseguir placer mediante esa observación no autorizada y furtiva. El caso de Remedios, la bella, es bastante explícito. Un hombre, un mediodía cuando ella se baña, la mira por las tejas del techo del baño. El intruso enamora a Remedios, y desde las alturas le pide que lo deje lavarle la espalda y, en últimas, le propone matrimonio. La muchacha, con perturbadora inocencia, se burla de esas tonterías. El hombre quiere bajar al baño, pero cae de cabeza contra el piso y se mata. Aquí el erotismo de la mujer conduce al forastero a la muerte. Eros y Tánatos se relacionan, o se aproximan sospechosamente, según la consabida afirmación de Bataille.

i) Prostitución

Es un lugar demasiado común afirmar que la prostitución es el oficio más viejo del mundo, y sobre el tema ha opinado toda la flora y la fauna de la sociología, la psicología, la religión, la sexología y la moral. Nada de esto es descubrimiento y, lógico, no lo vamos a ampliar aquí; lo importante es señalar ese aire, al parecer, de cosa desbaratada o exótica, de “fiesta inconclusa”, que rodea a los burdeles, por llamarlos de algún modo, que aparecen en *Cien años de soledad*.

La palabra “burdel”, que procede del término catalán *bordel*, está presente en la novela. Como tales, desfilan la tienda de Catarino, la casa de Pilar Ternera, la casa de las matronas francesas, el burdel ambulante donde estaba Eréndira con “sus téticas de perra”, las hamacas debajo de los almendros en los tiempos del banano y el burdel de las muchachitas que se acostaban por hambre, entre otros. De este último, se narra en la novela: “[...] la discusión terminó en la casa de las muchachitas que se acostaban por hambre, un burdel de mentiras en los arrabales de Macondo. La propietaria era una mamasanta sonriente, atormentada por la manía de abrir y cerrar puertas” (García Márquez, 1997, p. 453).

Por otra parte, del extrapolado El Niño de Oro, llamado por el autor “un burdel zoológico”, poblado por 200 alcaravanes que hacían de relojes suizos, se dice:

El aire tenía una densidad ingenua, como si lo acabaran de inventar, y las bellas mulatas que esperaban sin esperanza entre pétalos sangrientos y discos pasados de moda, conocían oficios de amor que el hombre había dejado olvidados en el paraíso terrenal (García Márquez, 1997, pp. 459-460).

Y eso que se está hablando de El Niño de oro, de Macondo, marginando los dos lupanares que con el mismo nombre existieron, con bastante fama, en Cartagena y Barranquilla.

Algunas conclusiones de la lectura erótica de *Cien años de soledad*

- Catarino, siempre rodeado de prostitutas, es el único personaje de la novela con tendencias homosexuales.
- Las horas del amor son las de la noche y la siesta. El lugar más frecuentado: la hamaca.
- Así como don Quijote sigue un texto, que es el de los libros de caballerías, *Cien años de soledad* está signada por uno: el de los pergaminos de Melquíades. Lo particular de este es que su temática es netamente sexual, pues está deter-

minada por el incesto: principio y fin de la estirpe de los Buendía.

- En el texto se da la sexualidad antagónica entre lo Caribe y lo andino: la primera puede ser representada por José Arcadio, y la otra, por Fernanda del Carpio.
- En el lenguaje de la novela uno de los hechos por destacar es el uso sensual de los adjetivos. Da la impresión de que toda la novela está permeada por un lenguaje erótico, de extracción poética y de carnadura imaginativa.
- En la mayoría de los personajes de *Cien años de soledad* prevalece, hablando con el lenguaje del señor Freud, el principio del placer sobre el principio de la realidad. Es decir, se dejan guiar por la fortaleza brutal de los instintos.
- En *Cien años de soledad* el erotismo sexual es violento. En la inmensa mayoría de las relaciones el acople se da por medio de penetraciones fuertes o bruscas, ya sea por el tamaño del miembro o por la arremetida genital en los movimientos corporales.
- La relación sexual excluye casi por completo la ternura tradicional. Hay empujes a fondo, agonía, llanto, aullidos y lágrimas. Al parecer, esto se hace para corroborar la preponderancia del macho y la convicción cultural de que el hombre existe para penetrar a las mujeres, ojalá con un órgano poderoso y, como consecuencia, preñarlas y ponerlas a poblar la tierra.
- Otra manifestación del espíritu erótico y dionisiaco son los festines colosales y el apetito desahogado de Aureliano Segundo. Era imbatible, tanto copulando como comiendo, y el festín gastronómico más destacado fue la competencia que protagonizó con Camila Sagastume, más conocida como La Elefanta, mujer descomunal en el porte físico, pero tierna y fina como un angelito de la guarda. En la competencia de dos días se engulleron una ternera asada, cinco cajas y media de champaña, dos cerdos, dos pavos asados, cincuenta naranjas, ocho litros de café y treinta huevos crudos. El torneo acabó cuando Aureliano Segundo perdió el conocimiento, se cayó encima de un plato de huesos y terminó roncando y botando espuma de perro por la boca.

- El resultado más catastrófico de la relación erótica lo cargan Amaranta Úrsula y Aureliano. Ella quizá era la más liberada y abierta de la familia; él, el más intelectual, era lector empedernido, conocedor del sánscrito, el inglés y el francés, descifrador de los pergaminos de Melquíades, erudito lector de todas las enciclopedias. Parece que tanto intelecto no pudo con la carga erótica y le hubiera tocado pagar el desquite de fuerzas poderosas que, ancladas en el destino, conspiraban contra él.
- En la novela no se mencionan por sus nombres los genitales. Es más, el nombre del órgano sexual femenino parece no existir. Hay tetas, senos, vientre, nalgas; solo eso. En cambio, cuando se hace alusión al pene, se le describe como “magnífico animal en reposo” (García Márquez, 1997, p. 48), “masculinidad inconcebible” (p. 454) y “portentosa criatura” (p. 472).

Posfacio

Una lectura atenta de los elementos erótico-sexuales que se dan en *Cien años de soledad* nos lleva a concluir que el sexo es rabelesiano en el libro o, en términos más latinoamericanos, constituye el apogeo erótico de lo real maravilloso. Esto en el ámbito físico.

En el ámbito espiritual, el acoplamiento sexual, con sus tamaños, desafueros y desesperaciones, se da como una forma de confrontar la soledad que permea a todos los personajes de la novela, y como una posibilidad de enfrentar y postergar la muerte. No se trata, pues, de lograr una satisfacción física, un placer material centrado en los órganos genitales, sino de un modo, quizá inconsciente, de afrontar la vulnerabilidad humana y de aprovechar el tiempo que nos toca, para vivir muy próximos de las esencias placenteras del cuerpo. Con cierta dosis de prosopopeya, podríamos decir que *Cien años de soledad* nos enseña que hacer el sexo con furor es una forma de aplazar la muerte, o una manera de llegar a ser recuerdo: memoria carnal en el tiempo.

Referencias bibliográficas

- Cepeda Samudio, Á. (1996). *Los cuentos de Juana*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Freud, S. (1993). *Los textos fundamentales del psicoanálisis*. Barcelona, España: Altaz.
- García Márquez, G. (1997). *Cien años de soledad*. Bogotá, Colombia: Editorial Norma.
- Real Academia Española (2004). *Diccionario de la lengua española*. Madrid, España: Espasa Calpe. 🇪🇸

